

de Mahoma en las siguientes líneas: «En Alemania se ha quitado toda significación a la palabra profeta, y después se ha pretendido que Mahoma era un profeta. Si se someten á igual procedimiento las palabras casa ó monte, se puede decir con igual razón que Mahoma era una casa ó un monte.» Mas aquel para quien el nombre profeta tiene una *significación*, no en el sentido puramente histórico, sino en el de un sistema teológico cualquiera, no tiene que cuidarse mucho de la pregunta que acabamos de consignar, pues desde luego la halla contestada en su dogma: el mahometano en sentido afirmativo, y el judío ortodoxo ó el cristiano en el negativo. Nosotros tratamos de asuntos *históricos*, y en la *historia* hemos de buscar la contestación. Por lo que sabemos, solo ha habido profetas entre los pueblos semitas, y, prescindiendo por el momento de Mahoma, especialmente entre los judíos. No hay para qué investigar aquí el desarrollo gradual del profetismo en Israel; en su apogeo es un fenómeno que históricamente puede definirse con toda claridad y sin ambigüedad de ninguna especie. Un profeta en Israel es un hombre de quien la fuerza de la idea religiosa se ha apoderado tan de lleno, que se consagra exclusivamente á su servicio; cree que la única misión de su vida es la realización de aquella idea en el mundo de los sentidos, y, por otra parte, se siente tan identificado con la voluntad de Dios, á la cual atribuye el convencimiento absoluto de que se halla poseído, que considera como verdad divina el pensamiento que le anima. En este sentido, pues, difícilmente se puede negar á Mahoma el título de profeta. No es posible negar que por causa de su constitución extremadamente excitable estaba expuesto á todo género de enfermedades nerviosas que algunas veces, como en las dos ocasiones ya citadas, llegaron al grado de alucinación (1), y que naturalmente solían presentarse cuando era más violenta la excitación religiosa de su espíritu; así se comprende que según la tradición general, y sin duda fundada, le ocurrieran las revelaciones muy frecuentemente durante semejantes ataques. Al lado de esto, sin embargo, debe consignarse expresamente que en aquel estado no perdía su razón completamente, y que, por lo mismo, no es sostenible la opinión superficial de que casi toda su doctrina no consiste más que en alucinaciones y desvaríos. Al menos en la Meca y en su estado normal no se manifestaba menos poseído de sus ideas que en los casos de extraordinaria excitación nerviosa. Los burlones han dicho de él todo lo imaginable: que era un loco, un visionario, un embaucador, etc.; pero la consecutiva igualdad de su conducta y la uniformidad de todo su modo de ser, no se desmintió jamás, y aun hoy día se nos presenta marcadamente en el Corán; sus debilidades son propias del que piensa sin educación lógica, y no las de una imaginación trastornada. Si dadas estas circunstancias no podemos despreciar las revelaciones de Mahoma como si fueran simplemente abortos de un espíritu enfermo ó locuras de un soñador necio, no debemos poner en duda su perfecta honradez, á lo menos en el período de su residencia en la Meca. Los estados de desesperada angustia que precedieron á la visión determinante; la perseverancia verdaderamente admirable con que aquel hombre, de suyo no muy resuelto, continuó su predi-

(1) Hasta ahora no se ha podido determinar con seguridad qué clase de enfermedades eran estas y cuál es su definición médica. Con razón, sin embargo, se ha indicado modernamente que no podían ser de naturaleza epiléptica. Lo más probable es que tengan que contarse entre las ya conocidas afecciones nerviosas peculiares de personas sujetas á excitación religiosa. También Lutero creyó algunas veces haber visto con sus propios ojos el demonio: entre la fuerte naturaleza de este, que solo transitoriamente era atacada de tales perturbaciones de los sentidos, y el estado de éxtasis de las doncellas estigmatizadas, Mahoma vendría á representar un término medio.

cación por espacio de más de diez años, bajo las más penosas persecuciones, que últimamente llegaron á poner en riesgo su vida, y sin la menor esperanza de un triunfo final, son testimonios evidentes del poder avasallador, que á él mismo le inspiraba miedo, de la idea que se había apoderado de él, y que independientemente de su voluntad le había infundido el firme convencimiento de que las inspiraciones que se acumulaban en su cerebro, eran reveladas por Dios mismo. Con esto queda trazada la imagen de un verdadero profeta, tal como procuramos concebirla más arriba; negar á Mahoma este título, no tiene derecho á hacerlo sino aquel que pueda creerse iniciado en los secretos de la dirección divina de los pueblos para saber que en esta época ya no es posible un profeta. No negaremos que semejante limitación dogmática de un juicio histórico puede, á menudo, fundarse en motivos dignos de respeto; pero no puede decirse tampoco que no exista una narración histórica absolutamente desprovista de hipótesis. Solo una manera más universal de apreciar, estará en aptitud, dado el corto alcance de los conocimientos humanos, de hacer justicia en algún modo á las creencias é ideas de pueblos extraños.

Si, pues, no he titulado este capítulo ni irreflexiva ni irónicamente «El profeta Mahoma», tanto más, por otra parte, debo esforzarme con celo en alejar toda sospecha de exageración en sentido favorable. Por lo mismo me apresuro á formular dos limitaciones cuya justificación se deducirá naturalmente de la ulterior historia de Mahoma.

En primer lugar, una comparación, aunque solo superficial, del Corán con los escritos de los profetas de Israel, demuestra que la idea religiosa del árabe era relativamente de menor valía. Esto no se puede negar. Largo camino hay que recorrer desde los profetas en tiempo de Saul hasta la elevación del segundo Isaías: en cambio Mahoma es al propio tiempo el primero y último profeta de su pueblo. No hay, pues, que extrañar que solo abrazara un aspecto del ser divino, y que le faltara por completo, especialmente, la idea de *santidad* y con ella también el fundamento para el desarrollo, en cualquiera forma más profundo, del concepto de un orden moral. Pero por más que de sus prescripciones morales, se deduzca también su defectuosa apreciación, no dejan de constituir un considerable adelanto respecto de la, por muchos conceptos, irritante indiferencia moral de su pueblo. A esto no quita valor el hecho de que á menudo permaneciera encerrado en los límites de su nacionalidad, y hasta que en sus últimos años hiciera á ésta repetidas concesiones, con las cuales imprimió finalmente á su doctrina, el sello de un particularismo imposible de desarraigar. Pero el haberse encerrado en los límites de su nacionalidad, le condujo á algo peor, que sirve de fundamento á mi segunda limitación.

Como árabe no podía Mahoma comprender que la verdad no hubiese triunfado ya en el mundo en su época; menos aun podían ocurrírsele ideas como las de libertad de conciencia, distinción entre Estado é Iglesia y otras por el estilo. En el mismo Occidente era considerado generalmente el hereje, aun en el siglo XVI, como reo de Estado, y era tratado como tal, y, por lo tanto, menos aun le era dado á un oriental del siglo VII ver en un infiel más que un malvado, y, difícilmente, se le habría ocurrido en semejante caso al Profeta pensar en que su Señor en su primera manifestación le había hablado de la caña de escribir y no de la espada. No debemos, pues, extrañar que Mahoma ante sus enemigos carezca de todo sentimiento moral. Mientras que vivía en la Meca en situación difícil, no podía manifestarse este aspecto de su ser. Apareció la idea religiosa que le impulsó—libre ya de influencias mundanales—en sentido, tal

vez, análogo al cristianismo de los primeros siglos; pero si éste, solo por Constantino fué desviado de la máxima de su Señor, «mi reino no es de este mundo,» semejante desviación alcanzó ya en el Islam á la persona del fundador, por lo cual se ha observado con razón que habría sido más feliz para la memoria del Profeta que su carrera hubiese terminado con la huida de la Meca. Y lo que más dolorosamente nos afecta no es, con mucho, la saña con que procedía á menudo á aniquilar á sus enemigos: esto era efecto de la antigua dureza árabe, y se puede, en cambio, aducir en su favor que en varias ocasiones dió pruebas de inusitada benevolencia, sino la arteria y sistemática falsedad que más y más reveló en Medina. Cuando ya en la Meca, especialmente en los últimos tiempos, excitado por las burlas y argumentos de sus contrarios, presentaba, á veces, afirmaciones extrañas y se valía de subterfugios poco escrupulosos para desenredarse de todo género de contradicciones, se le puede disculpar por su falta de costumbre en el manejo de la lógica; mas en Medina se apodera rápidamente de su espíritu una falsedad y una deslealtad, conscientes, comprensibles, como herencia de su pueblo, pero que unidas á la mojigatería oficial, que, por lo mismo no tenía necesidad de fingimiento, nos es indeciblemente repugnante. La religión se convierte para él en política, y no solo en política de Iglesia; conscientemente apenas al principio, tal vez, después á medias, y, en fin, por completo, se sirve de la mentira para hacer triunfar la verdad. Lo que haya en ello de culpa personal ó de forzado por la sangre árabe, es cuestión vana por insoluble; el que se esfuerce en juzgar en ambos sentidos sin preocupación, no podrá prescindir ni de lo uno ni de lo otro.

Era de suponer naturalmente que si Dios había hecho á Mahoma su confidente era solo para que comunicara su voluntad al pueblo, á cuyo efecto ya había recibido orden expresa en su segunda manifestación con las palabras «Levántate, y advierte.» La influencia de su persona y de los recientes acontecimientos era tal, que los que inmediatamente le rodeaban, toda su familia y algunos de sus amigos más íntimos, creyeron desde luego en la divinidad de su misión, y se sometieron á su dirección espiritual. Eran, además de su mujer é hijas, sus dos hijos adoptivos Alí y Seid, de los cuales el primero era todavía muy joven, y después—parece que Wáraka había muerto ya en aquella época—El-Atik, conocido con el sobrenombre de Abu Bekr (1), comerciante de buena posición y generalmente respetado, de la familia de los Beme Teim, de la Meca, ligado á Mahoma con intimidad desde hacia muchos años. Este era, así se dice, unos dos años más joven que el Profeta, hombre pacífico y prudente, pero recto y leal, benévolo y de buenos sentimientos, mas, si las circunstancias lo exigían, firme, hasta la inflexibilidad. Semejante persona era precisamente la que debía acompañar á Mahoma, dado su temperamento melancólico, fácilmente excitable y no menos fácilmente abatido, y, por lo mismo, irresoluto en general en las cosas de la vida exterior. Le era necesaria la asistencia de Abu Bekr, si no había de sucumbir prematuramente en su difícil misión; y es un testimonio honoroso para el Profeta que semejante hombre, con el cual no estaba ligado por intereses mundanos ni lazos de familia, creyera durante toda su vida en la pureza de sus intenciones, en la realidad de su misión divina y hasta en la verdad de sus

(1) Esto es, «padre de Bekr.» Bekr es un nombre árabe muy vulgar. —La traducción «padre de la doncella» es la más atroz idea que pudo ocurrir á un erudito por lo demás muy apreciable, y que ha tenido la suerte reservada generalmente á tales errores, la de ser copiada en todas las relaciones populares.

afirmaciones, aun en los casos en que sus más allegados dudaban. Parece que por mediación de Abu Bekr obtuvo Mahoma la adhesión de algunos creyentes más, que luego representaron su papel en la historia del Islam, como Ssa'ad Ibn Abi Wakkas, el que luego fué conquistador de Persia, Sobein Ibn El-Awovam y Talcha, hijo de Obeidallah, los tres lejanos parientes del Profeta ó de su amigo. Estos, á la sazón, debían de ser casi niños, y en la época posterior, de la cual proceden nuestras tradiciones, era natural que todos pretendiesen que sus antepasados habían sido de los primeros creyentes. Según dicen los árabes, Mahoma se vió al principio limitado á su propia familia en el sentido más lato de la palabra, así, pues, á sus tíos y primos, y luego á todos los miembros de la casa de Haschim. Reuniólos y les expuso sus ideas; pero para aquellos parientes no era profeta, no era más que cualquiera otro individuo de la familia. Así, su tío Abu Lahab, que sin duda esperaba alguna importante consulta comercial, exclamó irritado: «¡Vete enhoramala! y ¿para esto nos has llamado?» Y la familia se dispersó mal humorada. Si sus propios parientes no querían creer en él, muy débil debía de ser naturalmente la esperanza de ganar la voluntad de los extraños. No es, pues, maravilla que la irritación inspirara á Mahoma algunos mordaces versículos del Corán, que vienen á decir que el huracán de su tío fuera enhoramala y que ya ardería en el otro mundo en una hoguera á la cual su mujer, con una cuerda al cuello, llevaría la leña. Esta manifestación que si era clara era también poco cariñosa, debió de irritar en el más alto grado á Abu Lahab; en consecuencia deshízose el concertado enlace entre su hijo y Rokaya, segunda hija de Mahoma, y se consumó el rompimiento con la familia. Cierta que la hermosa de la hija, según se dice, conquistó muy pronto al padre otro yerno, y, al propio tiempo, un nuevo adicto al Profeta, en la persona de Othman (2), hijo de Affan, de la considerada familia Omaya; pero esta conversión, por lo mismo que era aislada, ejerció tanto menor influencia sobre la gran mayoría de los koreischitas, cuanto que Othman, si bien era hermoso y de buena posición, era también poco enérgico é insignificante.

Pudo, además, agregárseles alguna que otra persona, y en totalidad se habla de unos 43 individuos, y se nos dice al propio tiempo, que una gran parte (probablemente la mayor) de la reducida comunidad se componía de gente pobre y de esclavos que estaban naturalmente más dispuestos á aceptar la predicación de la cólera de Dios contra sus señores de la Meca y la de la retribución en el otro mundo, que estos últimos, muy bien avenidos en este. Todo esto hacia el movimiento más antipático todavía á las familias principales; y como frente á tan pertinaz indiferencia, fuese cada vez más apasionado el lenguaje del Profeta, debía llegarse á una abierta enemistad. Que un hombre cualquiera en pequeñas asambleas desbarrase sobre todo género de ideas recogidas de los sectarios cristianos, era en sí cosa indiferente para los grandes mercaderes; pero que, al mismo tiempo, se injuriara á los dioses de la ciudad, heredados de los antepasados, sin los cuales parecía imposible la existencia de las alianzas comerciales y de las ferias de todo punto necesarias para la prosperidad de la Meca, y que, por último, Mahoma sedujera también á los esclavos con semejantes máximas perniciosas, comunicándoles la idea de que podían considerarse mejores que sus amos, eran cosas que no podían ser toleradas. No era ciertamente tarea fácil la de deshacerse del poco sufrido visionario. Estaba aun bajo la protección de su tío Abu Talib, hombre, en verdad, pobre, pero respetado, que le había

(2) Los persas y los turcos pronuncian la *th* en los nombres árabes como *s*, y así dicen Osman, forma que de ellos ha pasado al Occidente.

defendido de todo ataque hasta con exposicion de su propia vida. Con Abu Tálíb no era posible indisponerse sin poner en agitacion á toda la familia Haschim, la cual, si bien no queria entender nada de las tonterías de Mahoma habria contestado, sin embargo, con una guerra civil á toda injuria hecha á la honra de la familia. Otro tanto sucedia con las demás familias que tenian allegados en la nueva faccion. Así se vieron obligados, de grado ó por fuerza, á dejar tranquilos á los hombres libres, siempre que no dependieran de sus conciudadanos mas ricos por motivos materiales, ó contentarse, á lo menos, con molestarles por medio de inectivas y secretas chanzonetas ó provocando pependencias casuales. A los esclavos, que estaban indefensos ante sus dueños, les iba peor; no solo estaban expuestos á todo género de malos tratamientos, sino que tambien eran sometidos á menudo á dolorosos tormentos si se negaban á pronunciar injurias contra Mahoma ó á volver á sus antiguos dioses. Abu Bekr empleó gustosamente una parte de sus bienes en redimir cierto número de estos oprimidos; á los demás el Profeta les permitió, bajo *reservas mentales* acerca de su verdadera fe, librarse de nuevos tormentos mediante el cumplimiento exterior de las exigencias de que eran objeto. Entre los redimidos se encontraba un etíope llamado Bilal, el cual á causa de su voz penetrante fué mas tarde el primer pregonero de oraciones (Muezin) del Islam.

Mahoma no desistió de continuar fervorosamente su predicacion por el éxito poco satisfactorio de su primer ensayo. Unas veces procuraba en sus conversaciones particulares entusiasmar á alguno en favor de la fe; otras referia ante un círculo mayor, en voz alta, las revelaciones que habia tenido. Una gran parte de estas revelaciones se conserva todavia, y constituyen los únicos testimonios verdaderamente auténticos, de estos primeros tiempos del Islam. Lo que le sucedia durante el día era naturalmente el objeto de sus meditacion nocturnas. Fervoroso en la oracion y la vigilia, ya extenuado, ya pronto exaltado por semejante fatiga, recibia continuas inspiraciones relacionadas con los sucesos de su vida y con sus luchas. Ora consolábale Dios de su aparente fracaso y de los sarcasmos é injurias que recibia de los koreischitas, ora repite siempre con nuevos giros las breves máximas que constituyen la esencia de la nueva fe, ora amenaza á sus adversarios con la ruina del mundo y con el juicio final, mientras exhorta á los creyentes á que perseveren para alcanzar en su día la recompensa de su fidelidad, ora excita con insistencia á la gratitud por los dones que diariamente son dispensados á los hombres desde lo alto. Pero tampoco el mismo Profeta se exime de la merecida censura cuando en algo ha faltado: en el corto capítulo 80 es severamente amonestado por haber rechazado con aspereza cierto día á un pobre ciego, que, necesitado de consuelo espiritual, le habia interrumpido en una conversacion con el rico y orgulloso Walid Ibn Mogira, jefe de la noble familia Machsum, nueva prueba de cuán honradamente se esforzaba entonces Mahoma por el triunfo de la verdad aun contra sí mismo.

De conformidad con lo manifestado en la primera revelacion se llama á esta una lectura, en árabe *Koran*, lo que por otra parte, refiriéndose á lectura en alta voz ante una asamblea, se puede entender tambien como *lectura ó recitacion*. Como es sabido, este nombre se aplicó luego á la coleccion que contenia la totalidad de las *lecciones* recibidas, y, bajo el nombre de *el-Koran*, «la lectura» (de ahí *Alkoran*), se entiende hasta generalmente esta última. Debe la forma en que la poseemos hoy á una redaccion hecha por órden del tercer califa Othman, de la que trataremos; aquí bastará consignar que en ella están reproducidas indudablemente con gran

exactitud las mismas palabras del Profeta, que pronunció como manifestaciones divinas, solo que, en la recopilacion de los varios Coranes, á menudo muy cortos, no se ha observado ningun órden cronológico ni de materias, de suerte que es muy raro el que ha quedado entero formando un todo completo y sin interrupcion. En la mayor parte de los casos, y, por cierto, desde muy antiguo, se han unido en un solo cuerpo varios Coranes, especialmente si tenian la misma rima, aun cuando primitivamente no tuvieran entre sí nada de comun. Finalmente, estos trozos compuestos, que corresponden en cierto modo á los capítulos de nuestra Sagrada Escritura y que se llaman *suras*, esto es, párrafos, han sido además — con excepcion del primero, la oracion diaria de los mahometanos — pura y simplemente ordenados, segun su extension, y de ahí proviene que el Coran nos parezca un monton desordenado de fragmentos sin enlace alguno, del cual es imposible leer seguida ni una sola página. A esto hay que agregar, que, á consecuencia de la absurda ordenacion de los capítulos, segun sus dimensiones, casi las dos terceras partes primeras de la totalidad, ocupan casi por completo las en verdad cansadas declamaciones contra los judíos y las prescripciones rituales y políticas que solo tienen valor para el estudio de los eruditos, mientras que los capítulos cortos, en parte verdaderamente bellos, ó á lo menos patéticos, de la mas antigua época de la Meca, se encuentran muy hácia el final, donde el lector de Occidente apenas los hojea jamás. Por último, todavia carecemos de una buena traduccion del Coran, á la cual, ciertamente, bajo determinados aspectos, se oponen las mayores dificultades. Así, el historiador que no puede introducir en su obra largas citas de este libro notable, se encuentra muy apurado para hacer apreciar al lector, en algun modo, la base fundamental de todo el desarrollo histórico ulterior. Los cortos trozos presentados en las páginas anteriores pueden dar una idea aproximada de la brevedad característica, á manera de oráculo, de las primitivas revelaciones.

Mahoma no fué el primero en emplear la para nosotros desusada prosa en rimas, en que está redactado el Coran. Aunque los árabes en la época antigua carecieron de un culto religioso ordenado, se encontraban en todas las tribus personas que desempeñaban cierto género de funciones sacerdotales y que eran designados con la palabra *Káhin*, tomada de los judíos. Pero no tenian que ejercer nada semejante á la cura de almas, y mas bien se parecian á los curanderos de los indios: por el tiro de las flechas y por el vuelo de los pájaros, pronunciaban pronósticos en sentencias misteriosas para los supersticiosos beduinos, sirviéndose de frases cortas y rimadas, si bien no sujetas á metro. Mahoma carecia de la habilidad, muy comun entre los árabes, de la improvisacion rítmica, y así, es natural que se le ocurrieran las primeras breves inspiraciones en la prosa de oráculo que conservó, al principio inconscientemente, y luego adrede, aunque no sin graduales modificaciones que acabaron por anular el efecto de semejante forma. Con el agotamiento de la fantasía y la aridez, cada día mayor, del asunto, se alargan las frases mas y mas, las rimas son mas pobres, hasta que casi dejan de percibirse, y el estilo apenas se diferencia de la prosa usual; de ahí que especialmente los capítulos redactados en Medina no se parezcan en nada á los mas antiguos de la Meca. El contenido dogmático de las partes mas antiguas del Coran es muy sencillo. No hay mas que un Dios, Allah, el dios (1) que ha creado el mundo y lo conserva; á él solo se debe adorar y abominar toda idolatría. Mahoma es su profeta (2), al cual Dios ha encargado adver-

(1) El Alláh árabe, es contraccion de *al-iláh*, «el Dios.»

(2) *Rassulu'lláhi*, «el enviado de Dios.» De ahí la fórmula oficial de la confesion de fe: *lá iláha illa 'lláhu wa Mohammed rassulu 'lláhi*

tir á los hombres y comunicarles que hay una resurreccion y un juicio final, en el que cada uno será recompensado segun sus méritos. Además de la conversion á la verdadera fe, son deberes principales del hombre la oracion regular, la honradez en el trato con el prójimo y la liberalidad para con los pobres. Desde luego es vivamente condenada la horrosa costumbre de los árabes de enterrar vivas á las hijas recién nacidas. Como se ve, estas son máximas que, exceptuando la mision divina de Mahoma, están reconocidas tambien por judíos y cristianos: es verdad que tampoco él manifiesta la pretension de estatuir nada nuevo, sino que viene solamente á amonestar que se vuelva á la antigua verdad caída en olvido, y no se cree en aquel tiempo separado en lo mas pequeño de los demás partidarios del monoteísmo. Solo posteriormente cuando tiene mas exacto conocimiento de la doctrina cristiana y especialmente de la judía, y ve al propio tiempo que su mision divina no es reconocida por cristianos y judíos, se presenta tambien en abierta oposicion contra ellos.

Por de pronto no tiene que habérselas mas que con los incrédulos habitantes de la Meca. Entre estos se presentan como sus adversarios en primera fila El-Walid Ibn Mogira, á quien en vano procuró convertir, y Abu'l-Hakam Amr Ibn Hischan, comunmente conocido por el apodo que le puso Mahoma de Abu-Schajil, *padre* (1) *de la tontería*, ambos pertenecientes á la noble familia Machsum. Abu Ssofjan, de la casa Omayya, que despues aparece como su principal enemigo, se mostraba todavia bastante moderado. Independientemente de todas las contrariedades que podian sobrevenir á los miembros de la pequeña comunidad, sin llegar precisamente á atentar á su seguridad exterior, los aristócratas de la Meca procuraban desacreditar al Profeta por todos los medios posibles. Se ridiculizaba su doctrina como el aborto de un visionario ó de un poeta soñador y hasta de un embaucador; se oponia á su pretendida mision divina la afirmacion de que todo lo que manifestaba era ya conocido de antiguo — lo que él jamás habia negado — y se le ponía en aprietos exigiéndole milagros para confirmar su mision. Mahoma, de esta suerte hostigado, exagera la acrimonia de su lenguaje, se excede en descripciones de los horrores del día postrero, pinta los tormentos del infierno que aguardan á los enemigos de Dios, y las alegrías del «jardín» (2) reservadas á los creyentes, cada vez en forma mas minuciosa y tambien mas seductora (3); sus adversarios preguntan irónicamente cuándo llegará, por fin, la tan anunciada «hora» terrible del juicio final — la que por cierto Mahoma en sus primeros tiempos creyó muy cercana; — les dirige á Dios, el único que conoce este secreto; y á las exigencias de que haga milagros, y á las dudas acerca de la posibilidad de una resurreccion corporal, opone, como demostracion de la omnipotencia de Dios, las maravillas de la naturaleza y especialmente la misteriosa formacion del hombre. Como es natural, todo esto es inú-

(«no hay mas Dios que Dios (ó que Allah) y Mahoma el enviado de Allah»); de lo que se ha hecho la corrupcion: *Allah il Allah*. Semejantes desfiguraciones de frases y palabras árabes se derivan de la época de las guerras.

(1) Los árabes se sirven frecuentemente de los nombres de parentesco, padre, madre, hermano, hermana, hijo é hija, para caracterizar relaciones entre personas y objetos. Así, para ellos la zorra es el «padre de la pequeña fortaleza», la hiena «la madre de los sepulcros», un hombre fiel «el hermano de la fidelidad», un hombre valiente «el hijo de la guerra», el vino «la hija de la cepa» y otros por el estilo. Así, pues, «padre de la tontería» es aquel que no dice ni hace mas que tonterías.

(2) *Al-schannatu* (hebreo *gan*), el jardín del Eden, el paraíso.

(3) Las célebres huries, doncellas maravillosamente hermosas, reservadas á los creyentes en el otro mundo, aparecen ya mencionadas muy temprano. La palabra árabe es *El-Hur*, plural de *El-Haurá*, «la de los ojos grandes.»

til; la opresion continúa. Que Mahoma designara como punto de reunion á sus partidarios la casa de Arkam, uno de los primeros conversos, donde se congregaban á las horas de la oracion comun (4), y que él mismo estuviera siempre dispuesto á trabar conversaciones con los transeuntes y con los de alguna manera atraídos á oírle, irritó profundamente á los incrédulos y dió lugar á graves desórdenes. Así, poco á poco, se fué contrarestando el escaso aumento de la pequeña comunidad, y hasta algunos, cuya fe no era bastante firme para resistir á las burlas de sus compatriotas ó á la mala voluntad de los poderosos, se separaron de Mahoma. Los vacilantes y los tibios no servian, en verdad, para la nueva doctrina: ya desde el principio se les advertia que Dios exigia que el hombre se le entregara en cuerpo y alma sin reserva alguna, y que debia seguir la direccion del Todo poderoso y solamente esta, sin interesadas miras ulteriores y con abstraccion de la propia voluntad. Abnegacion, completo abandono de sí mismo, es la exacta definicion del concepto que el árabe liga á la palabra *islam*: *Islam* ha sido, pues, con razon completa, el nombre de la confesion que mas que otra cualquiera exige la entrega incondicional del hombre á Dios, y el nombre honorífico del creyente que ejecuta semejante acto de abnegacion, es el de *Muslim* (5), esto es, «el que se entrega.» Profundizando esta idea vemos reproducido en ella el concepto cristiano: lo discrepante está únicamente en el defectuoso sentido interior del árabe, á quien la voluntad de Dios no se revela directa sino exclusivamente por la palabra de su Profeta, como al soldado la voluntad del general por la voz de mando de su jefe inmediato. Tambien bajo este aspecto se descubre cierta analogía íntima del islamismo con determinadas tendencias del catolicismo.

Semejante concepto debia ser, en verdad, de todo punto refractario á la naturaleza del árabe, acostumbrado á no curarse de otra voluntad humana mas que de la propia; tanto mayor era, pues, el peligro de que la desercion que empezaba cundiese en el pequeño rebaño. Es significativo en la primera etapa del desarrollo de la doctrina mahometana, dominada especialmente por influencias cristianas, que Mahoma tendiera precisamente á buscar apoyo en los cristianos. Ya hemos visto en una página anterior que desde hacia unos cien años los etíopes cristianos procuraban hacer prevalecer así su política como su religion en la Arabia meridional. Durante un momento pareció que la Meca no debia tampoco librarse de las consecuencias de estos hechos; pero eso sucedia como unos 45 años antes y hacia ya bastante tiempo que existia de nuevo trato amistoso entre Abisinia y la ciudad comercial arábica, desde la cual se podia llegar en pocos días, pasando por Scho'eiba (cercana á la posterior Dyedda) y el mar Rojo al reino de Nadschaschi (6), rey de Etiopía. Como todavia entonces opinaba Mahoma que sus revelaciones equivalian por completo, segun su esencia, á las enviadas por Dios á los hombres por boca de Moisés y Cristo, y que él estaba llamado á predicar al pueblo árabe, era natural que considerara á los abisinios como correligionarios, á cuyo lado era consiguiente que se refugiaran aquellos de sus partidarios que deseaban librarse de la opresion de los aristócratas de la Meca. Así, pues, se decidió,

(4) Desde los comienzos del islamismo, las oraciones constituyen la parte principal del culto; cuando hagamos la exposicion de la doctrina mahometana trataremos de su clase y de su género.

(5) Añadiéndole una especial terminacion adjetiva, suena esa palabra en persa *musliman* y pronunciado con menos exactitud *musulman*.

(6) La pronunciacion árabe de esta palabra es *Nagáschi*, la que en el antiguo idioma etíope equivale á la posterior. todavia hoy usada en Abisinia. Negús, «rey.»